



## En el aula Miguel Valero

### El primer día

Quiero agradecer antes que nada a los editores de ReVisión su invitación a colaborar en la revista de forma periódica a través de una columna como ésta con la que me estreno. Para mí es un privilegio y un honor poder dirigirme de vez en cuando a tantos compañeros para compartir ideas, reflexiones, anécdotas y todo lo que se puede compartir de esta apasionante profesión, que es mucho. También es una responsabilidad que afronto con ilusión.

El tema general de esta columna va a ser el aula y lo que ocurre en ella cuando entramos, cerramos la puerta y nos quedamos allí con nuestros alumnos. Pero no me limitaré al espacio físico al que nos referimos al hablar del aula, porque tal y como hemos aprendido gracias al sistema europeo de créditos, tan importantes como las cosas que ocurren dentro de ella pueden ser las que ocurren fuera, cuando los alumnos se reúnen para trabajar juntos, o cuando interactuamos con ellos en el pasillo o en nuestro despacho.

Quizá algunas de las cosas que escriba puedan ser de aplicación más o menos directa para algunos en su propia docencia. Pero mi objetivo principal es otro: provocar la reflexión sobre nuestra labor como docentes, reflexión que, con frecuencia, la vorágine del día a día no nos deja practicar. Y si además puedo arrancar una sonrisa de vez en cuando, pues mejor.

En esta primera columna me apetece referirme al primer día de clase. Pero no el de los profesores sino el de los alumnos. Ya hace tiempo que imparto clases en una asignatura de primer cuatrimestre y suelo tener clase los lunes a primera hora. Así que no es infrecuente que mi clase sea la primera en la universidad para algunos alumnos de nuevo ingreso. La verdad es que es un momento fantástico, ese de entrar en el aula y encontrarse a 40 o 50 alumnos calladitos, pendientes de todos tus movimientos y dispuestos a anotar en sus cuadernos todo lo que ocurra en los próximos minutos. Yo no comparto la idea de que muchos de nuestros alumnos vienen a la universidad sin motivación. No es esa mi experiencia. Y no hay más que fijarse en ellos ese primer día. Es cierto que algunos están allí porque no pudieron entrar en la escuela que querían. Pero ese disgusto ya pasó. Ahora están allí con esa ilusión que todos tenemos al iniciar una nueva aventura y abrir un cuaderno

que está aun completamente en blanco.

Lo que también es cierto es que esa motivación e ilusión inicial a veces se pierde rápidamente. Recientemente me explicó mi hija su experiencia en ese primer día en la Universidad. Llegó puntual a la primera clase, pero el profesor no se presentó. Esperaron con paciencia al profesor de la segunda clase. Cuando llevaban ya 20 minutos esperando y estaban a punto de irse al bar por fin apareció. El tercer profesor sí que llegó a la hora. Presentó la asignatura en 15 minutos y les dijo que empezarían las clases con normalidad la semana siguiente. Eso sí, acabó la clase insistiendo que en la Universidad hay que trabajar duro, que es lo mismo que les había dicho el segundo profesor y que supongo yo que les habría dicho el primero si hubiese venido a clase.

No me cabe ninguna duda de que lo que ocurra en esas primeras clases es fundamental para retener al menos una parte de esa motivación e ilusión inicial. Por eso me gustaría aportar tres o cuatro ideas que pueden ayudarnos en esas primeras horas.

**Proyectar expectativas elevadas.** Esto se ha repetido hasta la saciedad. Es fundamental transmitir a los alumnos la idea de que creemos en sus posibilidades y, desde luego, actuar con ellos en consecuencia. Si lo hacemos así, es más fácil crear ese clima en el que se mantiene la motivación y las ganas de satisfacer las expectativas creadas.



*Miguel Valero García* es profesor del Departamento de Arquitectura de Computadores de la Universidad Politécnica de Cataluña. Ha sido Jefe de Estudios de la Facultad de Informática de Barcelona, Subdirector del Instituto de Ciencias de la Educación y Director de la Escuela Politécnica Superior de Castelldefels.

Es autor de numerosos artículos sobre innovación docente e imparte con frecuencia talleres de formación del profesorado sobre diferentes aspectos relacionados con la innovación docente en el marco del Espacio Europeo de Educación Superior. Más información sobre su trabajo puede encontrarse en su página web: <http://epsc.upc.edu/~miguel%20valero/>

Por algún motivo que no acabo de comprender, los profesores somos poco propensos a proyectar expectativas elevadas. Más bien al contrario. Recuerdo el caso de un profesor que en su primera clase, después de explicar la organización de la asignatura, tenía la costumbre de decir a sus alumnos, de forma muy solemne: «Ahora mirad todos al compañero que tenéis al lado. Fijaos bien en él, porque dentro de un año uno de los dos ya no estará aquí». El profesor tenía un prestigioso 50 % de suspendidos en su clase y los alumnos se esforzaban por no defraudar esas expectativas.

Como digo, algo hay en nuestro ADN que nos dificulta el ejercitar esta habilidad de proyectar expectativas elevadas, incluso aunque creamos que hay que hacerlo y nos esforcemos en ello. Recuerdo una clase que daba con un compañero (los dos al mismo tiempo en clase). Estábamos contentos con el trabajo que habían realizando nuestros alumnos en lo que llevábamos de curso, así que le dije a mi compañero que quizá era un buen momento para felicitarles por ese trabajo e insistirles en que teníamos muy buenas expectativas en relación al resultado final. Mi compañero me dijo que ya se encargaba él de felicitarlos. Les dijo: «Estamos comentando que estamos muy contentos de vuestro trabajo. Queremos felicitaros y animaros a que sigáis así, porque si no seguís así, suspenderéis». Os juro que lo dijo con toda la buena fe.

Hace tiempo que estoy convencido de que la mejor forma de proyectar expectativas elevadas es organizar la asignatura en torno a la realización de un proyecto ambicioso y hablarles de ese proyecto desde el primer día, mostrándoles incluso ejemplos de lo que hicieron sus compañeros de cursos anteriores, para convencerles de que si sus compañeros pudieron, ellos también. Es fantástico observar la cara de incredulidad de los alumnos en ese momento inicial. Una vez uno levantó la mano y me preguntó: «Profe, ¿nos promete que seremos capaces de hacer eso?». Tuve que decirle que sí.

**Usar el humor.** Recomiendo que, lo antes posible durante la primera clase, el profesor diga algo gracioso que provoque una sonrisa entre los alumnos (una carcajada si puede ser). Esa es una de las mejores formas de relajar esa tensión inicial. A la gente le cambia la cara después de haberse reído. Las cosas se ven de otra forma.

Resistiré ahora la tentación de escribir aquí una lista de cosas graciosas que se pueden decir durante esa primera clase. Seguramente serían poco transferibles puesto que cada uno tiene su propio estilo y su propio sentido del humor. Lo que sí diré, especialmente a aquellos que estén pensando ya que su trabajo no es divertir a los alumnos o que si uno no es gracioso qué se le va a hacer, es que estoy refiriéndome al humor como una técnica, una herramienta, cuyo uso se aprende, se entrena y se planifica, de la misma forma que uno puede planificar la forma en que va a desplegar las ecuaciones en la pizarra para que queden ordenadas, incluso aunque el orden no sea su punto fuerte. Es una herramienta como otras muchas que pueden ayudarnos a conseguir nuestro objetivo. Ignorarla o rechazarla no es más que limitarnos innecesariamente.

**Formar grupos base.** Soy un fanático del aprendizaje cooperativo. Lo utilizo siempre que puedo porque creo que los alumnos aprenden más y mejor cooperando entre ellos. Pero además, en el primer día de clase en la Universidad, puede jugar un papel fundamental: facilitar la integración social, cosa que no es baladí entre el colectivo de alumnos de nuevo ingreso.

No es infrecuente el caso de alumnos que el primer día de clase no conocen a ninguno de sus compañeros y les falta el arrojo y la iniciativa suficiente para crear rápidamente por sí mismos una pequeña pero útil red de soporte entre compañeros.

Me gusta mucho en esa primera sesión de clase, formar grupos aleatorios de tres o cuatro. Si tengo  $N$  alumnos y quiero grupos de 3 reparto números del 1 al  $N/3$  de forma cíclica. De esta forma, cada alumno recibe un número que es su número de grupo. Luego les doy diez minutos para encontrar a sus compañeros de grupo, sentarse juntos, presentarse, intercambiar sus coordenadas (teléfonos, correos electrónicos, “facebook”, etc.) y hacer juntos algo relacionado con la asignatura. Todos, incluso los más tímidos, ya han tenido la oportunidad de decir algo, puede que algo que haya captado el interés de sus compañeros. Eso es todo lo que uno necesita para salir de la primera sesión con la sensación de que no está solo allí.

Por su puesto, los grupos así formados son útiles para toda una variedad de actividades de aprendizaje cooperativo. Pero esa es otra historia. Quizá en próximas columnas.

**Aprenderse los nombres de los alumnos.** Para acabar, algo que precisamente no puede hacerse en la primera sesión, pero sí en el resto y que algunos dicen que es la forma más rápida de crear un clima positivo en el aula. Se trata de usar en clase los nombres de nuestros alumnos. Como en el caso del humor, la capacidad memorística puede no estar entre las habilidades de uno, pero también se entrena y se adquiere. En una de las primeras clases de este curso que acaba un alumno se sorprendió de que lo llamase por su nombre. Me preguntó: «¿Cómo puedes saberte los nombres de todos nosotros?». Le contesté: «Es mi profesión, para eso me pagan. Y para cosas mucho más difíciles que esa».

Naturalmente, no es igual de fácil aprenderse los nombres de 20 alumnos que los de 80. Y tampoco es lo mismo si son nuevos que si los conoces de cursos anteriores. En cualquier caso, como decía antes, uno se entrena para ello. Por ejemplo, no es necesario saberse los 80 nombres cada día. No cuesta mucho planificarse para usar durante la siguiente sesión 7 u 8 nombres, distintos de los que se usaron en la sesión anterior. Y si te equivocas en algún caso, puede ser una ocasión ideal para introducir unas notas de humor («Por favor, que nadie vuelva a cambiarse de nombre durante el resto del curso»).

En fin. No todos somos igual de simpáticos y divertidos, ni tenemos la misma capacidad de memoria. Pero negarse a usar el humor en clase o a aprenderse los nombres de los alumnos con el argumento de que esas no están entre nuestras habilidades o nuestras obligaciones es autolimitarse estúpidamente

en el ejercicio de nuestra profesión y poner más difícil aún el reto de mantener esa ilusión y motivación que inunda el aula en primer día de clase.

---



© 2015 M. Valero. Este artículo es de acceso libre distribuido bajo los términos de la Licencia Creative Commons de Atribución, que permite copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra en cualquier medio, sólido o electrónico, siempre que se acrediten a los autores y fuentes originales